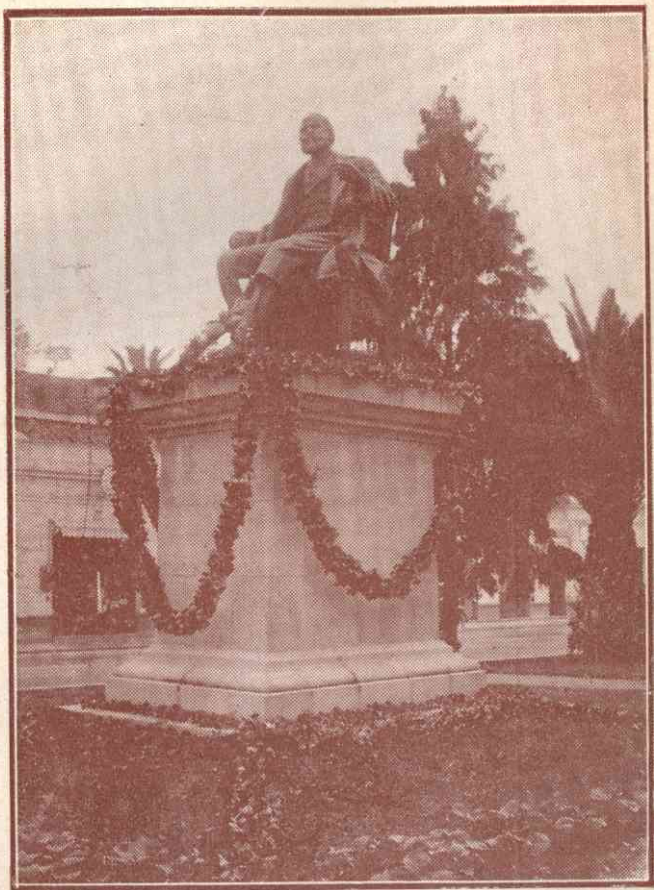


Inauguración del monumento a Don Diego Barros Arana



Verificada el 19 de Mayo de 1935, bajo
los auspicios de la Universidad de Chile.

**Inauguración del monumento
a don Diego Barros Arana**

Inauguración del monumento a Don Diego Barros Arana

**Verificada el 19 de Mayo de 1935, bajo
los auspicios de la Universidad de Chile.**

El domingo 19 de Mayo del año en curso, se inauguró solemnemente el monumento a don Diego Barros Arana, obra del maestro don Virginio Arias, fundida por don Rómulo Tonti. Ubicado en uno de los jardines del costado sur poniente de la Biblioteca Nacional, por acuerdo de la comisión encargada por la Universidad de Chile de la realización de la estatua, quedará en ese sitio junto a la sala que lleva el nombre del historiador, en la Biblioteca Nacional, y que conserva los volúmenes de su valiosa librería.

La inauguración se verificó a las diez y media de la mañana, ante una crecida concurrencia, que hacía más interesante la presencia de las alumnas y alumnos de los diversos Liceos de Santiago. Asistieron al acto los Ministros del Interior, de Educación y de Defensa Nacional, señores Luis Salas Romo, Osvaldo Vial, Emilio Bello Codecido; el Rector de la Universidad don Juvenal Hernández, el Secretario General don Enrique Marshall, y los Decanos de las distintas Facultades, el Embajador de la República del Perú, Excmo. señor Pedro Irigoyen; los Ministros del Uruguay y de Bolivia, señores Luis Enrique Azarola Gil y Hernando Siles; el Intendente de Santiago don Julio Bustamante; el Presidente de la Academia Chilena don Miguel Luis Amunátegui Reyes; los Ministros de la Corte Suprema y de Apelaciones, el Director General de Bibliotecas, miembros del profesorado universitario; el Alcalde de Santiago, don Absalón Valencia; los Rectores del Instituto Nacional y del Internado Barros Arana, don Ulises Vergara y don Amador Alcayaga; el Presidente del Senado, don Nicolás Marambio; el Subsecretario del Ministerio de Educación y el Director de Educación Secundaria, don Enrique Bahamondes y don Carlos Atienza; el Director de El Mercurio y de La Nación, don Clemente Díaz León y don Arturo

Meza Olva; una delegación oficial del Congreso Nacional compuesta por las siguientes personas: senadores don Alberto Cabero, don Ezequiel González Cortés, don Pedro Opazo Letelier y don Guillermo Azócar; y los diputados don Aurelio Benavente, don Jenaro Prieto, don Armando Zúñiga y don Manuel Nieto; el profesorado, los alumnos del Instituto Nacional y del Internado Barros Arana con sus estandartes; don Domingo Amundátegui Solar, don Luis Barros Borgoño, don Alcibíades Roldán, don Pedro Aguirre Cerda, los generales en retiro señores: Alberto Goñi, Francisco Javier Díaz y Pedro Charpín; don Samuel A. Lillo, don Ricardo Donoso, Secretario de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; escritores, miembros del profesorado nacional, periodistas, damas de los diversos centros culturales y de la enseñanza, etc., etc.

A las diez y media en punto, el Ministro de Educación, don Osvaldo Vial, procedió a descubrir el monumento, que aparecía ante la concurrencia bajo el pabellón nacional. En medio de los aplausos, los alumnos del Instituto y del Internado Nacional acompañados por el Orfeón de Carabineros, entonaron la Canción Nacional. En seguida se pronunciaron los siguientes discursos:

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, DON JUVENAL HERNANDEZ

La vida de los hombres y de las sociedades es una batalla continua, ruda e implacable, entre las fuerzas de la tradición y las fuerzas del progreso; y en este inmenso campo de acción han sido los educadores de la humanidad, maestros siempre a través del tiempo y la distancia, los que estrechan sus espíritus en un mismo anhelo de sabiduría y perfección. ¡Noble tarea la suya, que los siglos han imitado sin solución de continuidad, aun en medio de sus más grandes vicisitudes!...

En este medio de perenne lucha por encontrar explicaciones primero, e intentar soluciones después para los diversos aspectos del milagro cósmico que nos rodea, florecen dentro de cada sociedad, con espléndida lozanía, algunos individuos que son honra y lustre de sus pueblos. Tal es el caso de Barros Arana, a cuyo nombre se encuentra ligada toda una época del desarrollo intelectual de Chile y de que hoy nos enorgullecemos.

Si recalcar esta marcha ascendente de la cultura chilena es recordar las mejores páginas que la inquietud de nuestro cerebro ha trazado en el cumplimiento de su propio destino, ¿cómo no rendir culto con creciente emoción a los hombres que al honrar las épocas que pasaron, escribieron un capítulo glorioso de nuestra historia patria?...

No sabemos si admirar más en Barros Arana al sabio historiador, del más alto vuelo filosófico, que reseñó en páginas admirables los acontecimientos de nuestra propia vida, desde el momento en que la conquista española nos puso en contacto

con la cultura de Occidente, y que compendió la historia del continente americano en el primero y más completo de sus resúmenes; o al bibliógrafo que ilustró nuestra incipiente mentalidad a la luz de los progresos de la ciencia; o al divulgador, plasmado de idealidad, que realizó los mejores esfuerzos para la formación intelectual de la raza; o al geógrafo e internacionalista que defendió nuestros derechos en conflictos de límites; o al maestro, faro y guía de nuestra juventud, recio luchador, que con unción de apóstol derramó su saber en las aulas de la enseñanza secundaria y superior, hasta llegar a ser el símbolo de la educación pública.

Porque don Diego Barros Arana fué un hombre símbolo. A través de los 77 años de su vida fué espectador y actor en esta lucha de los hombres entre la atracción de lo que ha sido y es, y el impulso de lo que debe ser y será, lucha que en el campo de la educación suele hacerse implacable, puesto que ella tiene a su cargo la formación intelectual y moral del individuo y de las sociedades. Por eso, cuando el destino lo hizo protagonista de las ideas de renovación que entonces agitaban el pensamiento chileno, convertido en personero de la más profunda de las transformaciones de nuestra enseñanza para inspirarla en las normas racionalistas y en el estudio de las ciencias naturales y físicas, su estructura de luchador y la sólida urdimbre de sus convicciones lo transformaron en un símbolo.

¡Cómo fué de tenaz la resistencia del tradicionalismo contra el reformador!... ¡Cómo fué Barros Arana el blanco de los enconos políticos que lo convirtieron en víctima propiciatoria, nuevo Cristo sobre el calvario de nuestra cultura! Pero, ¡cómo brillaron espléndidos, después, los resultados de su acción prepotente!...

El proceso normal de la evolución hace que hoy se miren sus iniciativas y sus obras como el natural escalamiento de la comunidad hacia el progreso; y lo que se estimó por muchos como atentatorio contra la organización social o como acción revolucionaria, se acepta ahora sin discrepancias. Por eso el juicio sereno de la posteridad, con la mejor perspectiva que ofrece el olvido de las pasiones y la apreciación de su obra

a través del tiempo, atribuye a Barros Arana su mérito verdadero.

Otro maestro, el fundador de nuestra Casa Universitaria, discutido también por las tendencias de su tiempo, recibió la consagración perenne del mármol; el propio Barros Arana inició y llevó a la práctica la idea de perpetuar en el bronce la figura de los Amunátegui, sus amigos y compañeros en la tarea del desarrollo y la defensa de la instrucción pública. Por la iniciativa de Valentín Letelier, que fué también campeón de la gran causa, inauguramos hoy el monumento que la gratitud de sus conciudadanos dedica a la memoria de uno de los más grande, sino el más grande de los maestros que ha tenido el país.

El Gobierno y la Universidad de Chile le rinden por mi intermedio el más respetuoso de los homenajes; lo señalan ante los servidores de la educación pública como el mejor estímulo y lo exhiben como una enseñanza y un ejemplo para la juventud chilena.

EL MINISTRO DEL URUGUAY, DON LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

La Universidad de Chile me ha conferido la honra de hacer uso de la palabra ante esta estatua destinada a fijar, más que los rasgos físicos de un hombre, la definitiva consagración de su personalidad espiritual y de su grande obra. Quedo profundamente reconocido a tal honor, pero siento que no es a mí a quien corresponde trazar la biografía ni analizar la influencia ejercida por don Diego Barros Arana en la evolución de esta sociedad. Este alto cometido incumbe a los tribunos chilenos, vástagos de la misma planta y herederos de la misma cultura que alimentó la savia del varón ilustre, cuya personalidad, múltiple y fecunda, tiene en esta hora los voceros calificados que reclama su huella en la educación, la historia y la vida pública de su patria. Pero si en este torneo oratorio debe ser la elocuencia chilena la que se encargue de dar fuerza de expresión a la apoteosis del mármol y del bronce, ha de admitirse también que una voz procedente de las riberas del Plata, una sus acentos fraternales a los coros nativos y venga a declarar que la cultura uruguaya se asocia a un homenaje que traspone los Andes y congrega al pie del monumento a los pueblos de América que nutrieron su espíritu con las enseñanzas del maestro.

Este es mi cometido, que entiendo cumplir sobriamente, casi sin discurso, atreviéndome a decir que la sola presencia del representante diplomático del Uruguay sería indicio bastante de la adhesión de su país a este acto de justicia consagratória, si no debiera dejar constancia de dos hechos que he

menester de destacar en alta voz: el uno, la contribución decisiva que ha representado Barros Arana en la formación del criterio histórico de las generaciones universitarias uruguayas; y el otro, el desempeño de la representación diplomática de su patria en Montevideo. Doble representación, desde luego, pues al título indiscutible de embajador intelectual que le correspondía por su talento, se unieron sus funciones de ministro plenipotenciario de Chile ante el gobierno del Uruguay, sucediendo en el cargo a otro diplomático ilustre, don Guillermo Blest Gana. Hizo entrega de sus credenciales al gobernador don Lorenzo Latorre el 21 de Diciembre de 1876; y en aquel acto solemne, en que un singular destino histórico juntó a dos hombres procedentes de escuelas absolutamente opuestas, Barros Arana expresó que su misión no consistía tan sólo en estrechar los sentimientos de amistad que unían a ambos pueblos, sino que venía también a proponer la celebración de acuerdos y convenios destinados a regular y consolidar las relaciones jurídicas, culturales y comerciales de Chile y Uruguay. Los problemas internacionales de aquellos días le llevaron al Brasil y a la Argentina, investido de análoga dignidad diplomática; pero regresó meses después a la capital uruguaya, donde firmó un tratado de extradición el 24 de Mayo de 1878.

Su misión, su palabra y su firma fueron, pues, un vínculo más entre ambas naciones. Cúmpleme recordarlo en esta hora, al traer la adhesión del gobierno y de la intelectualidad de mi país. ... La bandera uruguaya flamea hoy junto a la chilena, y acompaña a su hermana a velar la gloria del prócer cuya estatua es apenas el símbolo visible de su inmortalidad.

DON ALBERTO CABERO, A NOMBRE DEL CONGRESO NACIONAL

Estos himnos cantados por estudiantes que son a todas luces el futuro amanecer de Chile predicen que la estatua que hoy inauguramos no será preterida, que nunca le faltarán flores frescas y lo que es más trascendental, que su significación tendrá vasta repercusión en el porvenir. Idénticos cantos seguramente halagaron los oídos terrenos del maestro; pero si grata es una melodía exterior percibida con los ojos abiertos, mucho más tenues, más dulces, apenas soñadas son las armonías internas que entonamos a la sordina y que suponemos escuchadas por los seres amados ya fenecidos.

Maestro excelso, en su magisterio mostró firmeza, ciencia, vasta cultura, devoción por la enseñanza y sobre todo sincero amor por la juventud. Más esencial que los variados y luminosos textos que compuso, que los magistrales programas y sapientes métodos pedagógicos que implantó, fué su contacto diario con la mocedad estudiosa que nescientemente imitó su ejemplo y a quien con bondad supo estimular y conducir. Cuando hablaba desde su cátedra, recuerdo que su claridad de expresión nos hacía sentir su saber y en su mirada leíamos su alma vehemente, pero justa; por esos sus palabras dejaron eco perdurable en los abiertos espíritus que le escuchaban.

A él se debe principalmente que alzara el vuelo y adquiriera relativo auge en nuestro país la educación secundaria, puerta abierta a todas las carreras especiales y amplia preparación

para la vida, que enseña primero a pensar antes que ganar dinero. Se respiró entonces el aire puro de las cimas. A despecho del ánimo aplebeyado con que a veces se le censuraba, nadie puede cerrar los ojos para no reconocer que su acción fundamentó la democracia en Chile, habilitando para el gobierno nuevas clases sociales que antes eran parias, a muchedumbres que, si hubieran continuado ignaras, cualquier caudillo hubiera conducido a la demagogía triunfadora.

Esta cultura, verdadera existencia espiritual no perjudica la vida práctica; al contrario, la ennoblece y le da finalidad. Como otra vez lo dije: aún el dominio de Ariel es tan alado y sutil que no excluye la prudencia, el sentido de lo real y la necesidad de marchar por el mundo, tanteando el suelo que se pisa.

Don Diego aparecía a sus admiradores con doble faz: al escribir historias y textos pedagógicos, medio perdido en la penumbra de su vasta biblioteca, era el sabio saturado de classicismo, de erudición y de clarividencia, cuyo espíritu progresivo difundía saber, sembraba ideas e innovaba métodos de enseñanza; al mostrar, hasta sus últimos años, ruda franqueza, y carácter independiente, era el luchador que tuvo el valor moral de no transigir jamás con lo que él creía prejuicios, error, hipocresía e injusticia. En una y otra situación, defendió principios y sostuvo tesis que aún se discuten; por ésto, arrastraba tras su penacho ideológico a gran parte de la juventud ilustrada en aquella época, especialmente a sus satélites: Luis Barros, Valentín Letelier, Claudio Matte, Gaspar Toro, Gonzalo Bulnes, Domingo Amunátegui y Juan y Luis Espejo.

El sabio tuvo miradas comprensivas a fin de reunir los hechos historiales dispersos, asombrosa memoria que rememoraba episodios y detalles y que le permitía comprobarlos con los documentos pertinentes, don retrospectivo para modernizar los sucesos acaecidos en tiempo pretéritos, juicio sereno con objeto de inquirir y exponer las causas de los acontecimientos que relató y ecuanimidad olímpica al juzgar hechos y hombres: en síntesis, poseía el sentido de la historia. Entre otras obras, narró en forma completa y metódica todo nuestro

pasado, exponiendo los hechos sucedidos desnudamente, sin dramatizarlos, lo que tal vez originó el esrilo frío, impasible que en su historia domina y que sólo satisface la mudadiza y delicada sensibilidad contemporánea cuando bulle, oculto en los monumentos que los siglos admiran, una poderosa alma apolínea.

En su mocedad luchó por las libertades públicas en la prensa y en la tribuna y por ella sufrió persecuciones y destierros; entonces tenía cabellos alborotados, ánimo fogoso y gestos de rebeldía: mas el estatuario no lo inmortalizó de pie y en esa oportunidad heroica, sino en reposo, cuando la opinión elevaba ya su figura sobre los demás; en la época, hecha aún más añosa por las ilusiones idas, que aquietaron sus pasiones y volteriana ironía; en el tiempo en que el ímprobo trabajo, inquiriendo la verdad, había encorvado su espina dorsal, que no dobló jamás el servilismo, y en los gloriosos años en que una serenidad helénica nimbaba su cabeza inclinada, como si meditara perennemente. En una palabra, el artista lo esculpió cuando al bronce iba sustituyendo ya su enteca encarnadura para convertirlo en Dios. Y en verdad, era un Dios para la muchachez iconoclasta, espiritual y vaticinadora de su tiempo que tan presto derribaba falsos ídolos alzados por la muchedumbre, como, por intuición, sabía levantar sobre el pavés hombres negados por el vulgo y descubrirlos antes que un porvenir más deslumbrante y más equitativo los consagrara.

El océano de la eternidad, de orillas muertas, con olas que no producen ruido, que nada respeta y que no admite alas fugaces que crucen el espacio, ni velas que surquen sus aguas, sólo se estrella y se detiene por un instante al pie de los monumentos elevados a los hombres ilustres.

Y este es uno de ellos.

Junto a la peana de su efígie que será sempiterna, he venido en nombre del Congreso a pronunciar este discurso perecedero, corona de flores naturales que el tiempo marchitará. Más mi ambición quedará colmada si los caballeros del ideal acuden en el futuro a velar sus armas en el pedestal de su estatua, verdadero altar de la patria, que simboliza la supre-

ma aspiración del siglo pasado en que se luchaba por la libertad, palabra que encontraba cálidas resonancias en todas las almas y por la educación del pueblo, dama que enardecía el pensamiento de todos los hombres de espíritu superior.

DON DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

Los chilenos que nacen en este siglo, cualquiera que sea su condición social, reciben un espléndido patrimonio, que no conocieron ni los niños ni los hombres de hace cien años.

La vida es más fácil y agradable.

Los entretenimientos públicos no constituyen un privilegio para los ricos; y se hallan al alcance de todos, aun del humilde jornalero.

A nadie le falta un techo donde guarecerse, ni un asilo que cuide de sus enfermedades.

Las casas que amparan la infancia desvalida se han multiplicado tanto, que en la capital de la República el niño se halla protegido desde la cuna hasta la edad en que trabaja sin auxilio extraño.

Las demás ciudades empiezan a imitar el ejemplo de Santiago.

No sin razón la célebre escritora sueca Elena Key bautizó en el año de 1900 a la centuria que entonces se anunciaba con el sugestivo nombre de *El siglo de los niños*.

Pero hay otro beneficio, de tanto valor como los anteriores, con el cual nuestra sociedad favorece a los hombres que empiezan a vivir: la instrucción pública.

La gratuidad de la enseñanza permite a todos ellos la adquisición de los conocimientos útiles en las escuelas y colegios del Estado.

No sucedía lo mismo en el año de 1830.

La primera enseñanza estaba en mantillas. Basta saber que en 1848 las escuelas públicas y privadas no llegaban a tres-

cientas en todo el país. En el año del nacimiento de Barros Arana puede afirmarse que el único colegio de segunda enseñanza digno de este nombre era el Instituto.

Don José Joaquín de Mora, preclaro literato español, que había fundado un liceo para hombres y otro para niños, en breve debía ser expulsado de Chile por don Diego Portales, y el insigne Bello sólo daba principio entonces a su fecundo magisterio.

Pues bien, ¿queréis saber cuál era el plan de humanidades del Instituto Nacional, que al mismo tiempo educaba eclesiásticos y seglares?

Una mala clase de latín, en la cual hasta el año anterior se había adoptado la gramática de Nebrija; unas cuantas lecciones de francés, dadas por un profesor chileno, que no poseía el acento de aquel idioma ni la práctica indispensable para hablarlo y escribirlo correctamente; la asignatura de filosofía, impregnada con el espíritu metafísico; la de literatura, que seguía el compendio de Hugo Blair, y por fin, las matemáticas elementales.

Esta última cátedra, que era sin duda la mejor dirigida, había alcanzado grandes progresos, gracias al notable catedrático español don Andrés Antonio Gorbea, quien, al mismo tiempo, enseñaba, de conformidad con los principios modernos, la física experimental.

En el programa transcrito, no aparecía la asignatura de castellano. Como es muy sabido, don Andrés Bello publicó la primera edición de su monumental Gramática en el año de 1847.

En los primeros años del Instituto, el adversario más tenaz de que se introdujera este ramo en el plan de estudios había sido don Juan Egaña, el cual sostenía que, como los chilenos nacían hablando castellano, era inútil perder el tiempo en enseñar lo que todos sabían.

Tampoco aparecía en aquel programa la cátedra de historia.

Don Andrés Bello, como el célebre filósofo inglés Stuart Mill, juzgaba que el aprendizaje de la historia era tan fácil que no requería maestro, y que, por lo demás, su estudio

despertaba tanto interés que toda persona ilustrada lo emprendería más tarde por sí sola.

Fuera de aquellas asignaturas, se enseñaban como voluntarias las de inglés, dibujo, taquigrafía y partida doble.

Esto era todo. Un plan tan exiguo no bastaba sin duda para formar una persona culta.

Puede comprenderse cuántos esfuerzos y qué tenacidad necesitaron los rectores del Instituto, Montt, Varas, don Francisco de Borja Solar, don Santiago Prado y Barros Arana para hacer adelantar el establecimiento confiado a su celo y a su inteligencia.

Barros Arana, sobre todo, fué un reformador audaz e infatigable.

Cambió a los profesores incompetentes por otros más idóneos.

Y, no satisfecho con hacerlo, empezó a formar, entre los alumnos distinguidos, a los maestros del porvenir. Gaspar Toro, Manuel Barros Borgoño, Isaac Ugarte Gutiérrez, Vicente Izquierdo Sanfuentes, Ismael y Osvaldo Rengifo, Francisco e Ismael Valdés Vergara, Alejandro Bertrand, y muchos otros que aún viven, recibieron de sus labios la palabra vivificante y regeneradora.

Canbió asimismo los textos de enseñanza por otros modernos. Compuso él personalmente los que siguen: *Historia de América, Retórica y Poética, Historia Literaria y Geografía Física*. En su rectorado se adoptaron los admirables compendios históricos del famoso ministro de Napoleón III, Víctor Duruy.

Agregó además Barros Arana nuevas asignaturas, como la de *Historia Natural*.

Estas reformas, que hoy parecen fáciles, provocaron en su tiempo verdaderas tempestades.

El estudio de las ciencias biológicas se estimó por los espíritus timoratos contrario a la religión; y se condenó igualmente al ramo y al maestro.

Mucho trabajo costó al Dr. Philippi, llamado por Barros Arana a dirigir la nueva cátedra, para convencer a la sociedad que él no era partidario de la teoría que hace descender al hombre del mono.

Felizmente, la batalla está ganada, y tanto en los colegios seculares como en los religiosos se enseña la ciencia de las leyes de la vida con gran provecho para los educandos y sin dificultad de ninguna clase.

Barros Arana no se contentaba, sin embargo, con los progresos del Instituto, y quería extenderlos a todos los establecimientos del país.

Los planes oficiales de segunda enseñanza eran adoptados, no sólo en la capital, sino también en las provincias.

Y la Universidad, de la cual formaba parte el rector del Instituto, vigilaba por el cumplimiento de esos planes, por medio de un estricto régimen de pruebas, a que eran sometidos todos los alumnos.

En vano reclamaban de este sistema los colegios particulares; en vano algunos periodistas y algunos políticos acusaban a la Universidad de ahogar la libertad de enseñanza.

El régimen de exámenes anuales y de exámenes de bachillerato continuaba funcionando con severa disciplina.

Y, ahora, a la distancia de los años, cuando se le juzga con imparcialidad es equitativo reconocer que a ese régimen se debe en gran parte la cultura intelectual de nuestro país.

Barros Arana fué destituido de su cargo de rector del Instituto; pero la obra organizada por él quedó en pie.

Antes de veinte años, ascendía al rectorado de la Universidad, y tenía ocasión de coronar su labor docente con el plan de estudios llamado concéntrico.

Este plan ha ido imponiéndose poco a poco en la conciencia pública, en tal forma que hoy se halla adoptado por todas las corporaciones docentes de Chile.

Por lo demás, es el mismo sistema que predomina en las principales naciones de Europa.

Se debe a la autoridad y al prestigio de Barros Arana el que esta reforma, con todas sus consecuencias científicas y sociales, haya empezado a producir sus frutos desde hace varios decenios.

La gloria de Barros Arana como educacionista ha traspasado los límites de Chile con la misma amplitud que su fama de historiador.

A nuestro país le ha correspondido la honra de que su vida nacional haya sido escrita con tanta proligidad y seriedad que en esta materia nada tiene que envidiar a los pueblos más cultos de la tierra.

Barros Arana ha narrado en sus aspectos civil y militar toda la historia chilena, desde la conquista española hasta nuestros días. Este es un modelo que no se ha repetido en las demás naciones hispanoamericanas.

Entre los historiadores de este país ha habido algunos más brillantes y otros de mayor profundidad filosófica; pero ninguno más completo que él.

Si Barros Arana no hubiera sido un gran educador, habría alcanzado también los aplausos de la posteridad por su inmensa labor histórica.

Se asegura y a menudo se repite que don Diego Barros Arana era un combatiente irreconciliable y que durante su vida conoció numerosos adversarios.

La verdad es que sólo tuvo un enemigo: la ignorancia; y que contra él empleó toda clase de armas, hasta que obtuvo un éxito completo.

Barros Arana poseía una contextura extraordinariamente débil; pero, cuando luchaba contra los que ponían obstáculos a su labor de maestro de la juventud, se convertía en un titán.

Este es un ejemplo vivo de lo que puede la voluntad humana cuando anhela realizar un noble ideal.

No lo olvidéis.

Barros Arana ha sido uno de los grandes constructores de la República de Chile.

DON LUIS BARROS BORGOÑO

SEÑORES:

Una justicia inmanente, derivada del más genuino y espontáneo sentimiento nacional, ha querido fijar en la apacible inmortalidad del bronce, la personalidad de un ciudadano que supo servir a su patria en las serenas y perdurables actividades de su desenvolvimiento intelectual y político.

Porque a ello consagró Barros Arana, con el fervor patriótico que le era peculiar, las facultades más poderosas de una inteligencia privilegiada y de un espíritu recto e inquebrantable.

Bajo una envoltura débil, se encerraba un alma enérgica e indomable; bajo las apariencias de una frialdad que parecía semejar despegó, un corazón lleno de ardor y de pasión; bajo formas sencillas y familiares se revelaba siempre el espíritu ilustrado y superior, enemigo de las vulgaridades y de las inculturas.

Pero a la vez, y bajo el ceño de austeridad, que fué una de las notas de su carácter, se ocultaba un alma llena de afectos y de sensibilidad, abierta a todos los dolores y pronta a suavizar todos los infortunios.

Tenía la contextura moral del apóstol; intransigente en sus doctrinas, celoso en el deber, tenaz y perseverante en la acción, amante de sus discípulos, y entregado por entero a su obra educadora que consideraba como verdadera obra de almas.

Trabajador infatigable, no conoció el reposo ni el cansancio; sus labores intelectuales, lejos de causar desgaste, llevaban a su espíritu los mayores deleites.

Aquí, en este apacible sitio, contiguo a la Biblioteca, entre cuyos archivos y libros vivió todos los años de una larga existencia, se alzará permanentemente el viejo maestro, con su mano levantada como enseñando a los jóvenes el camino de la vida por el trabajo y por el estudio.

Tal era la actitud que acostumbraba cuando ejercía su diario magisterio y tal era la norma que trataba siempre de imbuir en la mente de sus educandos.

Desde aquí aparecerá ante las generaciones de hoy y de mañana, con su humana fisonomía, el docto historiador que dejó levantado a su patria un monumento imperecedero en que se hallan esculpidas las nobles tradiciones de la nación chilena y el desenvolvimiento progresivo y dilatado de su organización social y política.

¡Sólo es grande lo que perdura, lo que resiste al tiempo, y lo que haya podido echar raíces profundas en el alma permanente de los pueblos!

No fué Barros Arana el político que domina a los hombres y arrastra a las multitudes; pero trajo a la memoria de los vivos todos aquellos hombres que en epopeya grandiosa forjaron una raza y ganaron rudamente un suelo por la espada y por el trabajo, y a todos los que en seguida hicieron surgir de una modesta y apartada colonia una nación fuerte y próspera, y construyeron un organismo político que permitió al país entrar dignamente al concierto de los pueblos libres y civilizados.

No se trata hoy de tributar el homenaje que los pueblos acostumbran justamente a los que en el rudo servicio de las armas saben ganar para su patria triunfos y grandeza; pero discierne sus palmas al historiador concienzudo y justiciero que há levantado altares a los guerreros de la Independencia, a los heroicos dominadores del mar y a los que siguieron más tarde por esos mismos surcos de honores y de glorias.

Todos los que lucharon en aquellas épocas memorables y todos los que contribuyeron a la formación de esta patria, allí están con todo su relieve, vivos, palpitantes, como ejemplo y enseñanza perdurable para todas las generaciones.

Descuella señaladamente la capacidad enciclopédica de Barros

Arana en las delicadas funciones de diplomático y de perito que le correspondió ejercer en nuestro viejo y azaroso pleito de límites con la República Argentina.

Fueron muchos años de penosa consagración a una labor compleja y delicada, y que envolvía las más graves responsabilidades.

Satisfacer aspiraciones nacionales de suyo imperiosas, responder a opiniones no siempre conformes, y perseguir la solución que consultase las derechos y los intereses de Chile, sin comprometer la paz entre países que se hallaban tan estrechamente vinculados en el pasado, como necesitaban estarlo en el futuro, tal era la patriótica empresa que se había impuesto el Gobierno de Chile y en que le cupo actuar a Barros Arana ante el gobierno no siempre transigente de Buenos Aires y que desempeñó con sin igual competencia y perseverancia.

La publicación de la correspondencia confidencial que incidió en aquella negociación, que tenemos entre manos, y la exhibición completa de los accidentes, dificultades y actuaciones diversas que se desarrollaron hasta su terminación, permitirán apreciar justamente aquella obra en que había de cimentarse definitivamente la amistad entre Chile y la República Argentina.

Su tarea subsiguiente de perito en la cuestión de límites radicó en su persona durante ocho años todos las asperezas y dificultades de aquella controversia y le convirtió en el símbolo de la energía y de la concienzuda defensa de los intereses de Chile.

Y a la par de esas funciones abrumadoras, el inagotable escritor dilucidaba a diario los más variados temas de ciencias, de historia o de crítica literaria, y se entregaba, por último, a los problemas de la pedagogía moderna, y acometía de lleno como Rector de la Universidad, las reformas más trascendentales de la enseñanza pública.

Fué ésta la coronación de su obra realizada en el colegio de instrucción secundaria, que fué su casa y su hogar permanente, el Instituto Nacional. Esta acción de Barros Arana, que así se completa a través de los años, es la que más ha pene-

trado en el alma nacional y en ella Barros Arana se excede a sí mismo.

Es la cátedra y es el libro, es más, es el educador por excelencia, que señala directivas a la mentalidad de la juventud, que inculca el amor al estudio, y que sabe preparar a los educandos para las luchas de la vida con la disciplina intelectual adecuada y con la norma moral que da la conciencia de los deberes y de las responsabilidades.

Y esas numerosas generaciones que así recibían rica simiente continuaron en la vida considerando aquel maestro como el director permanente de la intelectualidad liberal del país.

Educar es formar el carácter de las actuales y de las futuras generaciones, es suavizar y ennoblecer la vida, hacer la tierra más hospitalaria, unir a los hombres por el ideal, y extender los vínculos culturales de una a otra edad, y continuar en el tiempo la obra redentora de la civilización.

La amplitud y trabazón de las sociedades modernas, no permiten a ningún pueblo sentirse ajeno a la cultura y a las aspiraciones de los demás.

Esta conexión cada vez mayor entre las naciones, hace prever para el porvenir una cooperación intelectual más efectiva que pueda ser garantía duradera de concordia y de paz.

¡Honor a los que han contribuido en vida a esta obra de permanente elaboración social, y a los que, en seguida, desde su perenne inmortalidad siguen velando por el progreso moral y el desenvolvimiento intelectual de esta sociedad que supieron ennoblecer con una vida continuada de servicios y de virtudes cívicas!

DON RICARDO DONOSO, A NOMBRE DE LA SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

SEÑORAS, SEÑORES:

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía se asocia, con honda y emocionada satisfacción, a esta solemne ceremonia que consagra al nombre del historiador de Chile y señala su personalidad como un excelso paradigma ante las nuevas generaciones. Junto a los libros que tanto amara, cabe los testimonios mudos pero elocuentes del desarrollo de la pobre colonia que fundara el gran capitán extremeño, su venerable efigie se alza desde hoy en sólido pedestal, pero que ya le habían erigido en sus corazones la admiración y el respeto de sus conciudadanos.

Tuvo el eminente ciudadano que desarrollar su labor en circunstancias ingratas, cuando nuestras bibliotecas públicas y depósitos documentales apenas si eran organismos incipientes: todo tuvo que realizarlo con una consagración absoluta y un esfuerzo constante.

Dos pasiones absorbieron la vida del eminente ciudadano y a ellas consagró con intensidad sus nobles afanes: la enseñanza y el culto de las letras. Vea en la primera la herramienta eficaz y poderosa para derribar prejuicios, destruir seculares errores y formar con acentuados caracteres la personalidad ciudadana; por eso su acción demoledora de la ignorancia, su lucha constante contra el fanatismo y todas las formas de organización social y política retardatarias del progreso social, es de aquellas que no han escatimado diatribas a su memoria. Su corazón, apasionado por el progreso y el anhelo de ver en su patria una democracia consciente de sus respon-

sabilidades y de sus destinos, palpitaba de indignación ante la tesonera acción de las instituciones tutoras de formas envejecidas o muertas. Su consagración, desde edad temprana, a las tareas docentes; sus incansables esfuerzos por el desarrollo de nuestra cultura, su apostolado por la difusión de las luces constituyeron para él una tarea, no sólo grata a sus predilecciones, sino una empresa de grande trascendencia histórica: la de contribuir a la formación de una democracia, afecta a las normas jurídicas, celosa de su libertad, pero consciente de la necesidad de la tolerancia. Era de los convencidos de que la civilización se construye con dignidad, con noble afán por las cosas públicas y austeridad para las privadas; no necesitaba, en su opinión, otro instrumento que un pueblo consciente, y la conciencia de los pueblos la hacen, la forman y la constituyen sus hombres representativos.

No es un bronce frío el que inauguramos, señores; este pedestal no sólo lo sostiene el puro y sólido granito de nuestras montañas, sino también la gran opinión liberal del país, que ve en la figura de nuestro compatriota uno de sus hombres representativos, un símbolo rector de lo que aspira a ser nuestra democracia, observante de las normas jurídicas, pero animada de una firme resolución de defender sobre todas las cosas los derechos y las garantías de un pueblo libre.

DON ULISES VERGARA, RECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL

Don Diego Barros Arana, cuya estatua entregamos hoy á la veneración de sus conciudadanos, es una de las más altas cumbres de la intelectualidad americana.

Sirvió á su patria con desinterés y abnegación poco comunes, y dondequiera que actuara—en el campo de las letras, en la cátedra, en la diplomacia o en la política—puso el sello inconfundible de su vigorosa personalidad.

La labor por él realizada como historiador y maestro de la juventud, no ha sido igualada entre nosotros y transcurrirán seguramente muchos años antes de que alguien logre desplazarlo del lugar que sus merecimientos le han señalado entre los que se dedican a esta clase de actividades.

Su *Historia General de Chile* es la obra de más aliento que se ha escrito en el país. Susceptible de rectificaciones de escasa cuantía—algo perfectamente explicable en trabajos de esta naturaleza—es, con todo, un verdadero monumento de erudición y de esfuerzo, que honra a su autor y que constituye un legítimo orgullo para las letras nacionales.

En la educación pública ejerció Barros Arana influencia tan extraordinaria que puede afirmarse, sin temor de exagerar, que el progreso alcanzado por nuestros liceos en la segunda mitad del siglo XIX fué debido en parte principalísima a su iniciativa perseverante.

Maestro de numerosas generaciones—sirvió su cátedra por espacio de cuarenta años—supo inculcar en ellas el amor por las disciplinas que elevan el espíritu y por todo aquello que

hace del hombre un elemento útil a la sociedad en que actúa.

Fué, sin duda, en el Instituto Nacional donde más honda huella dejó. Nombrado rector de este prestigioso establecimiento educacional en 1863, rigió sus destinos durante 10 años, que fueron de intensa labor y de magníficos resultados.

Cimentó sobre sólida base la disciplina del colegio, estimulando a profesores y alumnos al cumplimiento de sus obligaciones, e introdujo notables reformas en la enseñanza. Ramos nuevos, tales como la química, la zoología, la botánica, la geografía física, la cosmografía y la historia de la literatura, pasaron a ser obligatorios en el plan de humanidades; el aprendizaje de memoria fué cediendo paulatinamente su lugar a métodos más modernos que reclamaban los progresos de la pedagogía; los maestros, que lo eran de cursos completos, comenzaron a especializarse en determinadas asignaturas, y el rector, atento siempre a las necesidades de los educandos, compuso una serie de textos de indiscutible mérito, algunos de los cuales se utilizan aún en Chile y en otros países americanos.

El establecimiento fué dotado, además, de buenos gabinetes, y la biblioteca, notablemente incrementada, pasó a ser la segunda del país por el número de sus volúmenes y acaso la primera por la calidad de sus obras.

Todas estas reformas, que muy luego fueron implantadas en los demás liceos de la República, significaron un progreso enorme para la educación, y el colegio en que se habían iniciado pasó a ser desde entonces un modelo entre sus similares de América Hispana y un claro exponente de la cultura nacional.

Alejado de la dirección del Instituto por influencias del partido conservador, que no aceptaba el nuevo rumbo impreso a los estudios, Barros Arana continuó, sin embargo, prestando su valioso concurso al desarrollo y perfeccionamiento de la enseñanza del Estado desde la cátedra o como Decano de la Facultad de Humanidades, puesto que desempeñó en numerosas ocasiones.

En Julio de 1893 fué nombrado Rector de la Universidad y desde este cargo le cupo la delicada tarea de poner en vigor en los establecimientos secundarios del país una nueva refor-

ma educacional que venía preparándose desde hacía años. Se trataba de la supresión del sistema de ramos aislados, independientes unos de otros, para dar lugar al aprendizaje simultáneo de todos ellos y en concordancia con el desarrollo intelectual de los alumnos. Era, en suma, la adopción del llamado plan concéntrico, que desde aquellos días se sigue en nuestros liceos con resultados ampliamente satisfactorios.

Transcurrido el tiempo para el cual había sido designado, el Claustro Universitario propuso la reelección de Barros Arana, pero nuevamente se pusieron en juego intereses de orden político y el eminente educador se vió obligado a alejarse de la casa que Bello y él habían honrado con su sabiduría.

Desde ese momento don Diego limitó sus actividades educacionales al desempeño de las clases de Geografía Física e Historia Literaria en el Instituto Nacional. Por fortuna los odios enconados y las injusticias de los hombres no lograron esta vez traspasar los umbrales del viejo establecimiento.

Allí, querido y venerado por todos, vivió serenamente los últimos años de su gloriosa existencia, ilustrando a profesores y niños con sus conocimientos y guiándolos con su consejo siempre desinteresado y oportuno.

Tal es en lo esencial el aporte de este varón ilustre a la cultura nacional. Sus méritos y virtudes le han permitido franquear las puertas de la inmortalidad y su figura austera, materializada en el bronce, servirá para recordar a las generaciones de hoy y de mañana que la laboriosidad, el desinterés, la rectitud y el amor por el servicio público son cualidades que honran al individuo y lo hacen merecedor de la gratitud de los pueblos.

DON AMADOR ALCAYAGA A., RECTOR DEL INTER- NADO NACIONAL BARROS ARANA

La personalidad de los hombre superiores requiere, para ser apreciada en toda la amplitud de su valor, la perspectiva del tiempo, como es necesario la distancia para distinguir en su auténtica y permanente grandeza la montaña que cierra el horizonte. Desvanecidas las pasiones enemigas que suelen aménguar en el ánimo de los contemporáneos el claro discernimiento de la justicia, resaltan, suscitando unánime y cordial veneración los perfiles de aquéllos que supieron servir a su Patria, sin asomo de perturbador egoísmo, con generosa dedicación ejemplar. Tal es el caso de don Diego Barros Arana a quien, interpretando un vivo sentimiento público, hemos venido a tributar un homenaje de reconocimiento, de gratitud y de admiración.

La obra de Barros Arana es de aquellas que han contribuido a afianzar los fundamentos morales de nuestra nacionalidad y merece, por ello, un lugar de preferencia en el respeto de los chilenos. Desde joven comprendió Barros Arana la vital importancia que tenía para el desenvolvimiento de la República el respaldo de una fuerte tradición histórica y se aplicó, con paciente abnegación de investigador y con austera vocación de maestro, a la tarea inmensa y difícil de restaurar nuestro pasado, para que, conociéndonos a nosotros mismos en la verdad de nuestros orígenes y en las peripecias de nuestro desarrollo, pudiésemos enfrentar, más lúcidos y más firmes, las contingencias, siempre imprevisibles, del porvenir.

Pero si la obra histórica de Barros Arana, a la cual se han referido ya con brillantez eminentes representantes de las

ciencias y de las letras nacionales, basta, por su amplitud y trascendencia para colocarlo entre los valores ilustres de la República, no fué menos importante su acción viva de Maestro de la juventud, ejercida, casi sin interrupciones, durante varios lustros desde la cátedra, la prensa y la tribuna, en un período en que la atmósfera pública era agitada por contradictorias fuerzas que aspiraban a primar en el espíritu de las nuevas generaciones y en la dirección política del Estado. Dueño de una vasta comprensión de los procesos históricos, Barros Arana puso sus mejores energías al servicio de los ideales que estimaba necesario realizar para que nuestro país acordara su vida al ritmo que los acontecimientos habían impreso a los pueblos que daban el tono cultural de la época.

El conflicto se había planteado en forma ardua y a veces dramática entre los fuertes residuos de colonialismo subsistentes en las instituciones, los usos y las ideas, y el espíritu de renovación que animaba a grupos selectos de la juventud y de la intelectualidad, sensibles al contagio de los movimientos europeos y anhelosos de modernizar la estructura republicana del país. Barros Arana fué uno de los personeros más enérgicos de este espíritu de renovación. Superior a su medio, difundió el mensaje de los tiempos nuevos sin que lo arredrara la hostilidad de los que se aferraban a los prejuicios tradicionales, incapaces de comprender las transformaciones profundas que se operaban en el organismo nacional.

Seguro de interpretar el mandato de la época y las conveniencias de la nación, puso al servicio de las ideas liberales y de los principios democráticos la riqueza de su talento esclarecido de pensador y la perseverancia de su noble voluntad de ciudadano. El medio social todavía no maduro para la práctica integral de la democracia, la fuerza de los poderes que habían impuesto una sólida disciplina de autoridad a los grupos integrantes de la sociedad chilena, y, sobre todo, los hábitos hereditarios de respeto y acatamiento a las instituciones consagradas por la tradición, significaban obstáculos de extraordinaria magnitud que se oponían al espíritu de reforma.

Un ánimo menos entero que el de Barros Arana habría flaqueado, si no antes las dificultades de la empresa quizás ante

los halagos de un ambiente que sabía reconocer a los valores auténticos y procuraba, con suave pero casi irresistible política, asimilarlos, impregnándolos de su tradicional conformismo. Pero la contextura espiritual de Barros Arana lo hacía impermeable a cualquier solicitud que no fuera la de sus ideales íntimamente sentidos y su vigorosa voluntad de luchador no podía tender a otra satisfacción que a la de la pugna esforzada y sin desmayos por el triunfo de lo que su inteligencia, su cultura y su patriotismo le indicaba como necesario para el progreso de Chile. Así, ante la escéptica indiferencia de algunos, ante la hostilidad violenta de no pocos y lo que siempre es una prueba dura para los grandes caracteres, ante la incompreensión de los mismos por quienes combatía, Barros Arana trabajó con una constancia apostólica por que se establecieran en nuestro país las más depuradas formas de convivencia republicana.

El estudio atento y a fondo de nuestra realidad nacional en sus antecedentes históricos y en sus aspectos contemporáneos, lo llevó al convencimiento de que era indispensable y previo a toda reforma verdadera de la vida política, la incorporación del pueblo a la cultura. Por esto dedicó a la educación parte considerable de sus grandes energías y, hasta sus últimos años, Barros Arana, dos veces venerable por la sabiduría y por la ancianidad, difundió entre los jóvenes los dones de su inteligencia preclara, el ejemplo de su amor a las altas preocupaciones del espíritu, la ciencia acumulada en una vida ejemplar de trabajo y de virtud, la noble incitación de su autorizada palabra de Maestro. Más que los otros aspectos de su rica y múltiple personalidad que con tanto lucimiento como competencia han sido recordados en esta oportunidad solemne, es éste el que me dá títulos para levantar mi modesta voz de educador en el presente homenaje.

Lo hago en mi calidad de Rector del Internado Nacional que se honra con su nombre. Allá se educa una juventud que viene de todos los confines de la República, una juventud como aquéllas a las que Barros Arana dedicó tantos desvelos de su vida y el fervor de su corazón de maestro, porque en ellas veía el porvenir de la democracia chilena, el impulso de

renovaciones saludables, la garantía de una constante superación. La juventud que se educa en el Internado Nacional Barros Arana sabe que es una forma del patriotismo la veneración de los hombres que vivieron y murieron al servicio de la Patria: héroes de la paz o de la guerra, constructores de la nacionalidad, figuras que jalonan el camino del pasado, indicando la ruta del porvenir. Esa juventud, por mi intermedio, deposita la ofrenda de su respeto y de su gratitud en el presente homenaje, y, como un alto tributo moral, formula la promesa de esforzarse, como el Maestro se esforzó, por ser cada día más ilustrada, más laboriosa, más digna, más útil a sus semejantes y a su Patria.